

Mujeres en la Iglesia ¿sinodalidad efectiva?

Carolina del Río. Teóloga, Directora ejecutiva Fundación Un Camino.
Santiago de Chile.

No es cuestión de hacernos un lugar en la iglesia. Es cuestión de justicia. Y las mujeres lo tenemos claro y lo decimos en cada oportunidad en que nuestra voz pueda ser escuchada. Justicia. No caridad. Esta profunda convicción la recogimos de manera muy patente y viva mientras preparábamos el camino al Sínodo de la sinodalidad. A 60 años del Concilio Vaticano II constatamos que aún estamos lejos de la inclusión y representación plena e igualitaria que nos corresponde como bautizadas y seguidoras de Jesucristo.

Escribir desde América Latina es escribir desde el tercer mundo, desde los márgenes. Sin embargo, si por estos lados se encuentran en torno al 48% de los católicos podemos decir que somos del primer mundo en términos de concentración de católicos. Es el continente de la esperanza como lo llamó Juan Pablo II. En Latinoamérica se calculan algo más de cuatrocientos millones de católicos (un 64% de la población aproximadamente) y algo más de la mitad son mujeres. Esos más de doscientos millones de mujeres católicas no formamos un cuerpo homogéneo. Las experiencias son muy distintas. No es lo mismo vivir en Santiago de Chile o en Buenos Aires, Argentina, que hacerlo en la Amazonía de Brasil o en un poblado altiplánico del Perú. Las tareas que las mujeres desempeñamos en la Iglesia y

sus diversas comunidades son, en cada contexto, muy diversas.

Algunas mujeres nos dedicamos a la teología. Intentamos hacer vida el llamado de Francisco en su Carta Apostólica *Ad theologiam promovendam* del 1 de noviembre del 2023, en la que actualiza los estatutos de la Pontificia Academia de Teología. En ella nos hace un llamado urgente a quienes trabajamos en la reflexión teológica para renovar, cambiar los lenguajes, las miradas. Intentamos con nuestro quehacer verter “aceite y vino sobre las heridas del hombre”.

Otras mujeres se abocan a la catequesis, otras al trabajo en las parroquias y en comunidades de base. Son muchos y diversos los colectivos de mujeres luchadoras, creativas y audaces que llevan el Evangelio a todas las esquinas del continente y acompañan comunidades para “interpretar el Evangelio en las condiciones en que viven diariamente los hombres y mujeres, en diferentes ambientes geográficos, sociales y culturales...” que es lo que pide el papa en su carta.

No es novedad que el desarrollo histórico de la Iglesia institucional haya estado marcado por la consolidación de una jerarquía, por doctrinas e interpretaciones bíblicas y legales que han puesto el poder en manos de un pequeño grupo de líderes varones ordenados. Las mujeres han circulado en los márgenes principalmente como colaboradoras, pero sin autoridad ni poder de decisión en la edificación de la Iglesia. Las iniciativas del papa Francisco para remediar esta situación son un paso significativo, pero no son suficientes. De los trescientos

sesenta y cuatro miembros con derecho a voto en el sínodo, cincuenta y cuatro fueron mujeres entre religiosas y laicas. Y entre los presidentes delegados –nueve miembros entre cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes– dos mujeres: la mexicana Dolores Palencia y la japonesa Momoko Nishimura.

Pero no es sólo cuestión de números. Es necesario cambiar la mirada. Sabemos que la exclusión de las percepciones y experiencias de las mujeres ha dado como resultado una jerarquía institucional que suele estar alejada y separada de nuestras vidas y luchas cotidianas, incluso promulgando normas que buscan controlar los aspectos más íntimos de los cuerpos y las relaciones de las mujeres.

El camino sinodal fue una oportunidad para la escucha. A inicios del año 2021 me uní como coordinadora del grupo de habla hispana (Latinoamérica, El Caribe y España) de *Catholic Women's Council* (CWC). Mujeres de distintos países pensando juntas con un solo objetivo: trabajar por el reconocimiento de la plena dignidad e igualdad de las mujeres en la Iglesia. Desde América Latina, veíamos la urgencia de hacer un aporte a esta misión global. La voz de estas latitudes, tantas veces olvidadas, debía ser escuchada. Junto a Marisa Noriega de México y Teresa Casillas de España pusimos manos a la obra. El objetivo era lograr que la mayor cantidad de mujeres de nuestros países se unieran en un recorrido de reflexión y participación para decir una palabra sobre lo que viven y padecen hoy en la Iglesia. Las vivencias colectivas debían ser escuchadas, así

como las reflexiones y luchas de tantas mujeres por la igualdad de derechos y dignidad en la Iglesia. ¿Cómo daríamos la palabra a tantas con tan diversas experiencias?

En el equipo coordinador internacional definimos cinco ejes de trabajo: 1/ situación de las mujeres en la Iglesia; 2/ poder, participación y representación; 3/ transparencia y rendición de cuentas; 4/ vida sacramental y resistencia; y 5/ esperanza.

En el grupo de habla hispana acordamos trabajar estos cinco ejes con dos instrumentos: Una encuesta que buscaba ser un catalizador de las voces de las mujeres de Latinoamérica, el Caribe y España que se aplicó durante los meses de diciembre 2021 y enero de 2022 para recoger las voces anónimas de más de 2.500 mujeres; y encuentros grupales o talleres que fueron especialmente diseñados por nuestro equipo. Para el trabajo con mujeres en los diversos territorios, la metodología tomó elementos y adaptó el trabajo de una teóloga y una biblista: Ivone Gebara y Elisabeth Schussler Fiorenza combinándolos con la metodología del Concilio Vaticano II de Ver, Juzgar y Actuar, pero reformulado desde el "sentipensar" de las mujeres.

Planteamos el camino en cuatro momentos: Primero, establecimos un marco conceptual para abordar cada eje. En un segundo momento -que denominamos Nuestra Experiencia-, el objetivo fue levantar las voces de las mujeres para permitirnos delinear un cierto estado de la cuestión. Para ello, presentamos dinámicas y sugerencias de trabajo para que

cada grupo de mujeres pudiera visibilizar, verbalizar y narrar su experiencia en torno a cada uno de los ejes temáticos. En el tercer momento -Sospechamos-, buscamos iluminar una fundamentación teológica de los temas abordados como una indignación ética frente a lo que habíamos visto que vivían las mujeres y que nos ayudara a cuestionar la situación y a concientizarnos a nosotras mismas, y a todos, de que las cosas pueden ser de otra manera. En el cuarto momento -Recreamos-, soñamos y promovimos propuestas concretas que respondieran al cómo cambiaríamos las cosas desde la esperanza y la creatividad de las mujeres. Todo ello se recogió y se plasmó en un documento entregado en Roma en octubre poco antes de la inauguración del Sínodo. Los diversos grupos del mundo pusimos en común lo que habíamos realizado. Lo observado fue un caleidoscopio vital que muestra la enorme diversidad de experiencias de las mujeres en la iglesia.

Los resultados de nuestro trabajo fueron muy coincidentes con las conclusiones preliminares del Sínodo. Hay acuerdo en que mujeres y varones hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, que poseemos igual dignidad bautismal, que somos corresponsables -tenemos el derecho y el deber- en la construcción de la Iglesia en todos los ámbitos. Hay coincidencia en que, dado que las mujeres constituimos más de la mitad de los fieles, es necesario un cambio de mirada que permita valorar las diferencias y las capacidades femeninas para lo cual se requiere una profunda conversión espiritual, sin la cual,

no habrá cambio estructural. El proceso sinodal ha mostrado que hay una mayoría dispuesta a dialogar, a pensar y a caminar juntos.

Sin embargo, si no se aceleran los cambios podríamos asistir a un enorme éxodo de mujeres. En el trabajo realizado por CWC de habla hispana respecto de la situación y participación de las mujeres en la Iglesia, solo un 7% mantiene una participación plena y considera que se toman en cuenta y se valoran su pensamiento y aportes. Un 61% respondió que participan en la iglesia, pero no tienen capacidad de decisión. Un 16% está buscando espacios alternativos para vivir su espiritualidad, un 14% están en la Iglesia, pero no participan activamente y un 2% ya no se siente parte de la Iglesia Católica. De aquellas que se sienten parte, sólo un 15,7% desempeña alguna actividad: un 88,8% de éstas realiza tareas pastorales y catequéticas.

Hay otros graves factores que atentan contra una participación más activa: Un 80% de las mujeres declaró haber sufrido algún tipo de maltrato físico o psicológico, abuso de poder u otro en espacios eclesiales. Un 40% de éstas se ha sentido invisibilizada o no valorada y un 20% declara haber sido víctima de violencia sexual, por identidad u orientación sexual, violencia verbal, simbólica o espiritual.

Como un coro sinfónico las voces de las mujeres se fueron uniendo para plantear la necesidad y urgencia de trabajar en la lucha contra el clericalismo, rostro visible del patriarcado en la iglesia. Urgen al "despertar y reaccionar" para tomar conciencia de nuestra situación en

la institución. Se levanta la necesidad del acompañamiento mutuo para avanzar, la urgencia de conversiones ("ya es hora") y desarrollar una pastoral de las mujeres que permita acompañar procesos personales y comunitarios. Los testimonios levantados en los talleres grupales son muy elocuentes, he aquí una muestra: "el servicio y las dificultades pertenecen a las mujeres, en tanto la dignidad y el honor son para los hombres consagrados", "las mujeres ya no están dispuestas a esperar hasta que los superiores de la Iglesia les den permiso porque se sienten llamadas por Dios a estar a Su servicio".

Sinodalidad es caminar juntos. ¿Quiénes? El Pueblo de Dios en su conjunto, varones y mujeres bautizados. Y entonces la pregunta nos asalta de inmediato: ¿es posible caminar con quiénes no reconocen que las mujeres somos, por nuestro bautismo, sacerdotisas, profetas y reinas y que estamos capacitadas –y tenemos el derecho– de santificar, enseñar y regir (gobernanza) en la Iglesia? Las mujeres no estamos incluidas en ese triple *munus* (tarea o función) porque aún no se asume que por el bautismo nos hacemos otro Cristo y podemos actuar *in persona Christi*. El asunto de las mujeres como icono de Cristo es, tal vez, la madre de todas las batallas. Sin que se asuma que las mujeres podemos representar a Cristo no hay discipulado de iguales ni sinodalidad efectiva. Punto.

¿Cuánto más tendremos que esperar? Y mientras esos cambios suceden... el éxodo de las mujeres no cesa.